

cuadernos

LA REVOLUCIÓN DE CADA DÍA

Cristianismo, capitalismo y posmodernidad



LA REVOLUCIÓN DE CADA DÍA

CRISTIANISMO, CAPITALISMO Y POSMODERNIDAD

Joan Carrera i Carrera, sj.

1. EL MUNDO EN EL QUE VIVIMOS	3
2. HUMANIZAR EL MUNDO ACTUAL. APORTACIONES DESDE LA ÉTICA CRISTIANA	9
3. SIGNOS DE LOS TIEMPOS QUE NOS AYUDAN A VIVIR CRISTIANAMENTE	17
4. A MODO DE RESUMEN	27
NOTAS	29
CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN	31

Joan Carrera i Carrera sj., licenciado en medicina y doctor en teología. Profesor de Moral Fundamental en la Facultad de Teología de Cataluña. Profesor colaborador en ESADE. Ha publicado diversos cuadernos en esta colección. Los últimos: *Horizonte Kyoto* (n. 133); *Identidades para el siglo XXI* (n. 147); *El problema ecológico: una cuestión de justicia* (n. 161); *Una relación difícil. Cristianismo y sociedad desde la perspectiva ética* (n. 170). Es miembro del equipo de Cristianisme i Justícia.

Edita Cristianisme i Justícia - Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona
93 317 23 38 - info@fespinal.com - www.cristianismeijusticia.net
Imprime: Ediciones Rondas S.L. - Depósito Legal: B 13151-2014
ISBN: 978-84-9730-336-1 - ISSN: 2014-6509 - ISSN (ed. virtual): 2014-6574
Impreso en papel y cartulina ecológicos

Dibujo de la portada: Ignasi Flores - Traducción del catalán: Jordi Font Barris
Revisión y corrección del texto: Pilar de la Herran - Maquetación: Pilar Rubio Tugas
Junio de 2014

La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos están registrados en un fichero de nombre BDGACIJ, titularidad de la Fundación Lluís Espinal. Solo se usan para la gestión del servicio que le ofrecemos, y para mantenerlo informado de nuestras actividades. Puede ejercitar sus derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición dirigiéndose por escrito a c/ Roger de Llúria 13, Barcelona.

1. EL MUNDO EN EL QUE VIVIMOS

Seguramente pretender una descripción del mundo en el que vivimos sea caer en una simplificación, ya que si algo caracteriza este «mundo» es la diversidad de culturas y mentalidades. Con todo, sin embargo, son pocos quienes ponen en duda la tesis de F. Fukuyama¹ que afirma el final de la historia y el triunfo absoluto del sistema económico capitalista en el ámbito global.

El llamado proceso de globalización ha ido extendiendo este sistema a la mayoría de países, con algunas excepciones de carácter más bien residual. Ya no le quedan opositores con suficiente fuerza para hacerle sombra. A pesar de haber quedado herido como consecuencia de la última crisis económica, y a pesar de la multitud de críticas y alternativas parciales que han ido surgiendo, lo cierto es que no podemos aún hablar de una alternativa global al capitalismo consolidada.

1.1. La cultura capitalista

Todo sistema económico realza determinados elementos que tienen traduc-

ción en otros campos como el social, el laboral y el familiar. En otras palabras, podríamos decir que todo sistema económico crea una cultura.² Y uno de los elementos importantes de toda cultura es el sistema ético, entendido como una escala o una jerarquía de valores que se pone en juego sobre todo a la hora de tomar decisiones, y que acaba por impregnar toda nuestra vida (familia, relaciones sociales, etc.). Por esto es importante tomar conciencia de cuáles son los valores en los que se fundamenta nuestro sistema económico, y qué valores transmite en cuestiones tan significativas como persona «feliz», triunfo personal, etc. Hay que precisar que cuando hablamos de valores del siste-

ma económico, nos referimos a aquello que el sistema prioriza y que quiere que guíe el comportamiento de las personas, primariamente en el campo de la economía. A menudo esta priorización esconde los intereses de determinados grupos y actúa, de hecho, como una ideología.³ Así, el sistema económico se presenta como la solución más racional y estructurada para crear riqueza y justicia. Es decir, *se apoya en y apela a* valores aceptados, queridos y deseados por la mayoría.

Obviamente, estos valores a ojos de otro sistema ético (tanto desde una tradición religiosa, como de otra cultura) pueden ser percibidos como contravalores.

1.2. Un sistema capitalista neoliberal y global

En las próximas páginas intentaremos analizar estos valores, no para hacer un juicio del sistema económico (cómo se distribuye la riqueza, qué países son los más beneficiados, qué desigualdad crea, qué tipo de relaciones laborales...), sino para ver cómo la jerarquía de valores en que se apoya ha ido impregnando muchas de las esferas de nuestra vida, (esferas a menudo muy alejadas de la economía). A pesar de que se pueda tener una vida disociada, normalmente lo que se vive en una esfera (a la que le dedica más tiempo real) acaba contagiando las otras. Éste es el caso, por ejemplo, de la familia o de las relaciones entre las personas que se han visto afectadas por la manera cómo se ha entendido el trabajo y las relaciones en el mundo laboral. El evangelio lo dice

con otras palabras, muy contundentes, por cierto: «Porque donde esté tu riqueza, allí estará también tu corazón» (Mt, 6,21).

Pondremos nuestra atención en el sistema tal y como lo tenemos en la actualidad, a principios del siglo XXI y no en aquel primer estadio, cuando M. Weber escribía haciendo referencia al espíritu del capitalismo y a los valores culturales asociados al sistema; ni tampoco en una segunda fase, que identificamos como Estado del bienestar, cuando el primer capitalismo tomó elementos de la tradición socialista y democristiana, como fueron los derechos sociales o la concepción de un Estado regulador de la economía y redistribuidor de la riqueza. Ahora nos encontramos en otro tipo de capitalismo, que recoge elementos de los anteriores, y que podríamos caracterizar con dos adjetivos:

a) Neoliberal, porque pone el acento en el mercado plenamente libre, con un papel del Estado muy reducido y a costa de una pérdida de derechos sociales.

b) Global, porque se caracteriza por un libre mercado global sin barreras comerciales ni financieras.

Seguramente enumerar estos valores será por mi parte demasiado pretencioso, y dará como resultado una cierta simplificación al no tener en cuenta las diversas variaciones que se dan dentro del sistema. No es lo mismo el capitalismo que aún conserva elementos del Estado del bienestar nórdico que el nuevo capitalismo de Estado en versión china o rusa, o el capitalismo más neo-

liberal de los Estados Unidos y de algunos otros países. Se trata de variaciones y sensibilidades diferentes dentro del mismo sistema. Tampoco es todo novedad: algunos de los valores que presentaremos ya se daban en el primer capitalismo y lo único que ha pasado es que se han acentuado notablemente. Veamos, pues, cuáles son estos valores.

1.3. Un sistema, unos valores

a) El éxito vital, muy ligado al éxito económico. Una manera de entender el éxito con un componente materialista, que está estrechamente ligado a la posesión de bienes y de títulos. Son estos bienes materiales los que posibilitan disponer de otros bienes más intangibles, como un cierto estatus, una cierta identidad o una determinada pertenencia a un grupo social.

b) La propiedad privada como valor nuclear del sistema, ya desde sus inicios. Los bienes de uso y los medios de producción (tierras, industria...) son privados y la mejor manera de generar riqueza consiste en mantener este tipo de propiedad. Cada vez se tiende a privatizar más cosas pensando que así se arreglarán determinadas «disfuncionalidades» que impiden un funcionamiento óptimo. Todo lo que es comunal o colectivo, dentro de este sistema, no recibe ninguna consideración.

c) Otro valor que desde la modernidad se ha ido potenciando ha sido el individualismo contra el comunitarismo. Es el individuo, él solo, quien tiene que ganarse un lugar en la sociedad. Se pone el acento en la persona y más en

sus derechos ante los demás y ante la sociedad que en los deberes, y es papel del Estado garantizarlos y ser su protector. Esta concepción da mucho valor a la iniciativa del individuo que ha de competir frente a los demás. Esto llevado al extremo y a medida que las «instituciones-guía» han ido perdiendo peso, ha acabado por arrojar a la persona a una elección constante: toda la vida se basa en tomar decisiones. En la esfera económica prevalece la competitividad por encima de la cooperación, y si ésta se da, es sólo para reforzar la competitividad (de mi empresa, de mis ideas... contra otra empresa, contra sus ideas). Desde el sistema educativo se refuerzan estos valores, aunque a veces se justifican o se disfrazan apelando a palabras tales como personalización, creatividad o iniciativa, palabras que en teoría tendrían que incluir la dimensión social y cooperativa. Esto no quiere decir que la cooperación haya desaparecido, sino que ha sido desplazada hacia determinados ámbitos (la familia, las ONG, las religiones...) que, por cierto, tampoco han quedado inmunes a los elementos más individualistas o competitivos.

d) Otro valor bastante nuclear en el sistema económico imperante es la búsqueda del máximo beneficio. Para lograrlo se sacrifican valores asociados a derechos laborales, políticos o medioambientales, a valores que afectan incluso los derechos humanos... Por el máximo beneficio, que favorece a unos pocos, no se duda en sacrificar lo que haga falta, siempre en nombre del progreso. Quizás el único freno o límite a

esta explotación es la de no romper la estabilidad del sistema, y así hacer que la explotación pueda ser un poco más sostenida en el tiempo.

e) También el valor de la utilidad, entendida en el sentido económico: atender la funcionalidad de los medios sin preguntarse nunca por los fines. Un utilitarismo muy ligado a la eficacia y a la eficiencia, valores en sí mismos positivos, pero en nombre de los cuales se sacrifican y justifican muchos otros.

f) Un valor que también se prioriza es la cantidad por encima de la calidad. El capitalismo actual ha extendido la sociedad del consumo, poniendo en el mercado multitud de productos con el objetivo de favorecer un consumo continuado, ya que éste es el principal combustible del sistema productivo capitalista. Muchos de estos productos son de dudosa calidad, están destinados a durar poco y a ser sustituidos pronto por otros con más prestaciones. Todo este sistema demanda un consumo excesivo de energía, malbarata los recursos naturales y genera muchos residuos.

g) También existe el valor del esfuerzo en el trabajo, un valor típico del capitalismo inicial y que ha ido perdiendo relevancia, sobre todo cuando se ha extendido a Occidente una cultura marcadamente hedonista y cuando el mundo financiero ha posibilitado la obtención de beneficios sin necesidad de mucho esfuerzo.

h) El sistema ha ido priorizando cada vez más el corto plazo por encima del largo. Sólo se piensa en los beneficios a corto plazo, sacrificando la soste-

nibilidad de la producción y el deterioro del medio ambiente. Somos muy poco conscientes de las consecuencias que tienen las acciones del presente (tanto para las próximas generaciones como para el medio ambiente) y no son muy tenidas en cuenta a la hora de planificar la actividad económica.

1.4. Capitalismo y posmodernidad

Para entender desde el punto de vista axiológico el mundo occidental actual también tendríamos que añadir los valores más ligados a la llamada posmodernidad o modernidad avanzada, y los valores liberales más políticos, ligados a la modernidad: los derechos de la persona, la democracia, el diálogo, la libertad (frente a la tiranía). Tanto los valores de carácter más social y político como los valores de la posmodernidad han sido modificados por un sistema económico con el que a menudo han entrado en conflicto (pensemos si no en la democracia, y en el poder de los mercados no regulados). En otras palabras, los valores más sociales y culturales han interaccionado con los valores más económicos, saliendo los primeros bastante malparados. La democracia que garantizaban los Estados-nación clásicos ha quedado herida de muerte por unos mercados globales no regulados por nadie.

Algunos de los valores de la llamada posmodernidad de carácter más cultural han tenido su origen precisamente en la decepción respecto a los valores de la modernidad, otros han surgido como reacción a valores del sistema económico y otros pueden haber nacido favore-

cidos por la misma constelación de valores de este sistema y con el único objetivo de reforzarlo. Por ejemplo, la acentuación del yo y del bienestar emocional favorece la imagen de un individuo volcado al consumo y a todo un mercado en el que se venden como ideales los cuerpos musculados, sanos, perfectos... La pérdida de las utopías emancipadoras, fruto en parte de la decepción en la poderosa razón humana que en el siglo XX ha provocado todo tipo de guerras y desastres, da lugar a un individuo centrado en sí mismo y que no cree que el sistema económico se pueda cambiar, no cree que hayan alternativas, y menos que valga la pena movilizarse para lograrlas. Así se favorece la aparición de un nuevo conservadurismo social que no pone en cuestión el sistema económico.

El individuo posmoderno ha dejado de creer en la ciencia como relato salvador (porque se ha dado cuenta de que la ciencia también ha traído desastres, como el nuclear o el ecológico) pero sigue utilizando la técnica, consumiendo cada vez más y más todo tipo de productos tecnológicos para ser feliz. Las convicciones más frágiles del individuo posmoderno lo hacen más tolerante pero también más indiferente ante lo que pasa alrededor, de tal manera que vive en su mundo y no se preocupa mucho de los demás. También sus convicciones más débiles lo hacen más vulnerable a la manipulación del marketing o de la información... Y así podríamos seguir describiendo valores posmodernos, que o bien refuerzan los valores del sistema económico o al menos son compatibles en la medida en

que sirven para cubrir nuevas necesidades de consumo.

También la posmodernidad contiene valores que son claramente contrarios a los valores del sistema económico capitalista, como por ejemplo el presentismo hedonista,⁴ la pérdida de la capacidad de esfuerzo o la falta de compromiso.

1.5. Algunos «contravalores» al sistema

Finalmente, otros valores que también han ido penetrando en la sociedad occidental, procedentes de los nuevos movimientos sociales, y que actúan como oposición y crítica a los valores del capitalismo, o que al menos han modulado algunos extremos de este sistema económico. Hablo, por ejemplo, de la sensibilidad feminista (con elementos bastante incompatibles con muchos de los valores del capitalismo), o bien cierta sensibilidad ecológica, por desgracia a veces demasiado superficial, que no cuestiona el sistema productivo sino que sólo propone soluciones «parche» y a veces en un sentido más estético y de moda que no de cambio radical.

Muchos de estos valores que hemos comentado, sobre todo los relativos a la llamada posmodernidad, están muy arraigados en Occidente, pero menos en otras culturas, si bien la globalización los ha ido extendiendo de forma considerable, sobre todo entre las élites más interconectadas. Sería en este sentido interesante hacer el análisis de otras sociedades no occidentales para ver la influencia o la evolución que en ellas ha tenido el sistema capitalista.

Sociedades en las que los valores pos-modernos han penetrado poco, y en las que siguen pesando los valores más tradicionales. Un ejemplo sería estudiar la influencia del confucionismo o del taoísmo en la sociedad china actual o ver la peculiaridad del capitalismo

japonés o coreano a partir de la influencia de sus tradiciones. También ver cómo sociedades occidentales como las de la América Latina reciben la influencia de las culturas autóctonas con sistemas económicos y jurídicos que conservan elementos comunales.

2. HUMANIZAR EL MUNDO ACTUAL. APORTACIONES DESDE LA ÉTICA CRISTIANA

En este apartado intentaremos mostrar qué puede aportar la reflexión de la ética cristiana en el mundo actual y qué puede aportar ésta al mismo cristianismo y redescubrir y vivir a fondo estos rasgos. En otras palabras, ver qué rasgos de nuestra fe pueden ayudar a humanizar nuestro mundo.

Por descontado, otras tradiciones religiosas y no religiosas también los pueden aportar, ya que estos rasgos, a pesar de ser fundamentales para el cristianismo (formarían parte de aquello más nuclear de la ética que nos presentan los Evangelios), no son exclusivos de este. También otras tradiciones recogen algunos de estos rasgos y a veces han sido vividos de forma más plena que por los mismos cristianos.

2.1. La dimensión comunitaria

La sociedad europea se ha convertido en la máxima expresión del individualismo

egocéntrico. Un individuo cada vez más aislado, centrado en la realización personal asociada al bienestar emocional, que ha perdido el sentido comunitario, que ha dejado de implicarse y de interesarse por la *res publica* dejándola en manos de los profesionales de la política, y que reduce la dimensión comunitaria a la más mínima expresión (familia, pareja, hijos, amigos...). La consecuencia de esto ha sido el agravamiento del atomismo social que es visto cada vez más como una de las raíces de las muchas patologías sociales. El cristianismo puede ayudar a recuperar un cierto sentido de comunidad, una armonía más grande

entre la necesaria valoración del individuo y el sentido comunitario que lo conduce a la solidaridad y al compromiso, más allá del propio grupo familiar y cultural. La persona como ser individual y social a la vez.

El proyecto de Jesús se presenta así como universal y como compatible con diversidad de formas culturales, al considerar a toda persona como digna, de tal manera que postula la fraternidad universal, en términos de comunión (= unión común). Otras tradiciones, como la budista, han hablado de lo mismo utilizando otras palabras como compasión universal o interdependencia. Palabras o conceptos que se encuentran en la base de la reivindicación de una mundialización más justa.

Hay que decir que, por desgracia, el sentido de comunidad también se ha visto devaluado dentro de la propia comunidad cristiana, sobre todo en Occidente, potenciando una relación con Dios de carácter mucho más individual. La caída de la práctica celebrativa de los sacramentos ha sido uno de los signos, si bien no el único.

2.2. La vida como don

Vivir la vida como posibilidad de ser apreciada como don, como regalo y no sólo como una construcción personal. Así podemos aprender a apreciar la dimensión gratuita de las relaciones humanas y de toda la propia vida. Descubrir que a menudo somos, porque alguien nos ha amado cuando éramos débiles, sin esperar nada a cambio. No todo en la vida es contrato o relación basada en el interés por obtener algo. A

menudo, en nuestra sociedad surge la necesidad de remarcar aspectos claramente de gratuidad, uno de los ejemplos más extendidos es el voluntariado, pero sería bueno que esta gratuidad también estuviera presente en ámbitos que se rigen por alguna forma de contrato. Pienso en el trabajo, y también en el propio ocio que progresivamente se ha mercantilizado, hasta el punto de estar en una especie de relación funcional con el trabajo. El ocio se ha convertido en una preparación, o en un simple reposo, que permite seguir trabajando más. Deberíamos recuperar el ocio como momento para las relaciones gratuitas con los demás y en las que el tiempo deja de tener un carácter puramente económico para ser un tiempo lúdico, un tiempo que no sirve para nada en términos productivos.

La entrada de la dimensión de la gratuidad dentro de las mismas relaciones contractuales daría a éstas una calidad diferente, las haría más humanas y quizás haría que nos diéramos cuenta de que sin determinados valores (que pertenecen más a la esfera de la gratuidad) estas relaciones contractuales acaban por deteriorarse o perderse. No cabe duda de que la confianza, el compartir la idea de bien común... no van en detrimento del contrato, sino que lo refuerzan.

2.3. La capacidad de discernimiento

El cristianismo debería ayudar a fomentar nuestra capacidad de discernimiento, en un mundo en el que la persona tiene que optar constantemente por construir

su vida. Este discernimiento supone la capacidad de interioridad, de silencio y de calma que permita hacer las elecciones desde el yo interior, desde aquello en lo que uno se quiere convertir y no sólo desde los condicionantes, o desde las puras ilusiones. La sociología actual habla de la creciente debilidad de las llamadas instituciones-guía que en otras épocas marcaban las elecciones de las personas: familia, clase social, escuela, religión... Esto es cierto, pero al mismo tiempo han aparecido otros condicionamientos más sutiles, como las fuerzas del mercado que marcan nuestra vida más de lo que creemos, y que incorporamos a veces sin darnos cuenta. Este hecho comporta que se note menos su influencia, ya que da la impresión de que ha sido uno mismo quien ha optado y los ha incorporado en base a una elección. Sin embargo, se trata de una ilusión de libertad. Elegimos nuestras compras, cómo nos vestimos, qué ordenador o móvil tenemos, pero en el fondo estas preferencias han sido inducidas dentro de un determinado ámbito social.

Vivir una vida desde el yo que discierna supone no dejarse llevar por las constantes solicitudes de nuestro ambiente, por los ruidos que distraen... Aprender a cultivar un yo más libre que escucha, que es más consciente de sus afecciones (de aquello a lo que está afechado). Hay muchas prácticas que ayudan a cultivar el yo, y de hecho las tradicionales prácticas ascéticas religiosas no hacían otra cosa que entrenar para ganar libertad ante las cosas. Vivir la vida desde uno mismo supone conocer las propias afecciones desordenadas, para

alinearlas (ordenarlas) en la dirección de lo que queremos llegar a ser. También la práctica de la meditación, entendida sólo como concentración, prepara la conciencia humana para poder elegir en un ambiente en el que hay un exceso de estímulos, y en el que la información se presenta a menudo de forma muy fragmentada.

En el cristianismo, Jesús se presenta como modelo de máximo desprendimiento de sí mismo, de un «yo» plenamente libre, no aferrado a las cosas materiales, ni tampoco a la propia religión judía como era vivida en su época. Un «yo» que es modelo de escucha y de capacidad de discernimiento. La ética cristiana, como reflexión sobre la acción humana desde el mismo espíritu de Jesús, se presenta como abierta a este Espíritu cuando sólo ofrece grandes principios orientadores pero deja al discernimiento comunitario y personal la toma de decisiones en cada situación concreta, en medio de un mundo complejo y en el que continuamente se producen conflictos de valores. La ética cristiana ofrece un camino entre las «éticas fundamentalistas» que ofrecen seguridad al simplificar la realidad, marcando de manera estrecha la conducta de las personas, y las «éticas emotivistas» que nos dicen que el comportamiento tiene que guiarse por el puro sentimiento aunque éste sea fragmentario y huidizo. Ni las unas ni las otras pueden ofrecer ayuda a las personas en el discernimiento. Ni las unas ni las otras aportan la solución a los problemas comunes y complejos que sufrimos como humanidad, sobre todo soluciones que no respondan al privilegio de unos cuantos.

2.4. El factor esperanza

La ética cristiana contiene un factor esperanza. La fe cristiana supone que la plenificación será posible y que los pequeños pasos hacia un proyecto solidario no son inútiles, no se pierden, aunque a corto plazo no se vean los resultados. Una esperanza que no es ingenua pero que es suficientemente fuerte para romper el desánimo del «no hay nada que hacer». Los grandes sistemas ideológicos acostumbra a privilegiar determinados colectivos, presentándose como las únicas soluciones de los problemas y dando recetas creíbles pero sesgadas. En el pasado estas ideologías no han ahorrado la violencia y la represión para imponerse a aquellos que se negaban a seguirlas. Hoy en día, y sobre todo en las sociedades democráticas, estas ideologías han abandonado las formas violentas pero a menudo se presentan como hegemónicas, extendiendo la sensación de que no hay otras opciones. También usan el miedo, el miedo a todo cambio que no provenga de ellas mismas. La esperanza o la utopía son un buen antídoto contra determinadas ideologías y contra el miedo, haciendo posible imaginar que las cosas pueden ser de otra forma y posibilitando el cambio social real.

2.5. La participación en el bien común

Nuestra sociedad occidental tiene muy interiorizado el valor de la democracia, es decir, la participación de todos a la hora de tomar las decisiones de nuestra sociedad, o al menos a la hora de elegir

a aquellos que las tienen que tomar. En toda Europa hay movimientos que reclaman reformas de las democracias para que resulten más plenas. La crisis financiera de 2007 ha mostrado la debilidad del poder político (el que proviene de las urnas) frente al poder económico transnacional (que no proviene de las urnas sino del mercado). Sería largo de enumerar y explicar todas las fórmulas que se proponen para reformar la democracia y las resistencias de parte de los aparatos de los partidos clásicos y de los grandes grupos económicos transnacionales. Pero en resumidas cuentas todo esto ha supuesto un progresivo debilitamiento de la confianza de los ciudadanos en el poder político.

En estos movimientos de reforma es importante la presencia de determinados valores propuestos ya sea por «éticas de los derechos humanos» ya sea por éticas procedentes de las grandes tradiciones religiosas. La base de la democracia real descansa precisamente en estos valores: los derechos básicos de la persona, su dignidad, la igualdad humana, la libertad, el derecho a la participación, la libertad de conciencia y de creencia... Sin estos valores interiorizados, la democracia se tambalea, ya que fácilmente cae en la demagogia. Lo podemos ver cuando la democracia no se fomenta en los niveles más básicos de la política (asociaciones de vecinos, escuelas...) o en aquellos países en los que a pesar de que hay una democracia formal (elecciones cada cierto tiempo) no se da una mínima igualdad de oportunidades, y en los que en la práctica los grupos oligárquicos ostentan todo el poder. Las éticas religiosas, en nuestro mundo,

pueden cooperar y animar a las personas en la defensa de estos derechos básicos, ayudando a crear un marco de solidaridad que pueda ser el fundamento de la democracia. A menudo se ha acusado a las tradiciones religiosas de poco compromiso con la democracia, olvidando que también el liberalismo extremo ha dado lugar a un individualismo que ha acabado fracturando nuestras sociedades. Un sistema democrático sólo puede funcionar con una mínima conciencia de comunidad, de proyecto común, en el que las personas asumen deberes ante los demás, y no sólo por obligación legal (lo piden las leyes), sino que confían en que la cooperación promoverá el bien de todos y de todas, así como la plena realización de las personas. El individualismo extremo sólo conduce a las personas a preocuparse de sí mismas y no de lo que le pasa al vecino, y así empieza el declive de la verdadera democracia.

2.6. El factor profético

La ética cristiana tiene que ser consciente de que propone y vive unos valores que a menudo no son los considerados prioritarios en las sociedades en las que se tiene que desarrollar y poner en práctica, y esto a pesar de que algunas de estas sociedades hayan tenido una matriz cristiana. Vivir en cristiano no resulta fácil en sociedades plurales en las que se necesita un discernimiento constante a la hora de tomar decisiones. Las sociedades plurales, ciertamente, permiten que se puedan vivir sus valores, siempre que se acepte el marco común de convivencia. El disenti-

to se expresa mediante la manera de vivir, mostrando en la práctica los valores que rigen la vida, sabiendo que los otros que tienes alrededor pueden tener otras éticas, otras visiones del mundo.

El cristiano puede y ha de ejercer un cierto papel de denuncia cuando cree que el *ethos* social viola valores que él considera importantes; ahora bien, esta denuncia, como hemos dicho, se expresa mediante la vida o a través del diálogo con quienes piensan diferente. La ventaja, a veces no suficientemente valorada, de las sociedades democráticas es que existen foros en los que se pueden discutir las cuestiones y en los que se puede dar voz a las diferentes opciones éticas presentes en una sociedad. También a menudo los cristianos pueden apelar a los valores ideales de la propia sociedad, formulados en forma de derechos humanos que son compartidos y enunciados pero poco vividos, poniéndose al lado de muchos movimientos sociales críticos. En todas las sociedades, también en las más democráticas, los derechos de las minorías o los derechos de las personas con menos recursos a menudo pueden estar en peligro, en estas situaciones el factor profético y de denuncia deben jugar un papel relevante.

2.7. Una visión positiva de la autoridad

El siglo xx ha sido un siglo en el que el concepto de autoridad ha perdido valor. El totalitarismo de todo tipo y las guerras mundiales lo han debilitado, ya que ha habido mucho abuso por parte de quienes ostentaban el poder. Hay una

sospecha generalizada sobre la autoridad como ejercicio del poder por parte de unos cuantos, aunque esté legitimada por unas elecciones periódicas y se ejerza con las limitaciones propias de un Estado de derecho.

Esta crisis de la autoridad no sólo se ha dado en el ámbito político, sino en todos los otros ámbitos sociales: familia, escuela, Iglesia... La institución eclesial había vivido durante siglos una situación en la que los fieles no discutían la autoridad de los obispos o de los teólogos. Si bien es cierto que cuando el magisterio (el Papa, los obispos, los teólogos...) se pronunciaba sobre cuestiones daba razones (teológicas, racionales...), los fieles se fiaban más de la autoridad de la que emanaban estos pronunciamientos que no de las razones. Hoy en día, y debido a causas muy diversas, algunas fruto de la modernidad, todo esto ha cambiado.

También dentro de la institución eclesial entraron formas poco evangélicas de ejercicio de la autoridad, de tal manera que la ética cristiana tiene que ser muy consciente de aquello que puede aportar y cómo tiene que aportarlo, ya que la simple apelación a la autoridad, cuando ésta se ha ejercido de forma poco evangélica, puede resultar contraproducente. La tentación del poder, de poseer muchos medios o de creer que se tiene la verdad se han dado y se dan dentro de la Iglesia. Es la tentación de aceptar ser «rey» para poder imponer su ética, su verdad, y así extender el Reino de Dios. En el cristianismo, la autoridad tiene que estar al servicio de los demás, rebajarse a lavar los pies del prójimo como hizo Jesús. La autoridad de Jesús

se mostró en su máximo descendimiento en la Cruz. Esta *kénosis* es lo que dará y da credibilidad a la Iglesia, es decir, cuando sirve, cuando se hace servidora de los más pobres, de los más necesitados, y no desde el poder sino desde el «poder del no poder». Esta manera de entender la autoridad puede ser la aportación a nuestras sociedades. Y en el interior de la comunidad cristiana podemos recordar unas palabras de B. Haring que encabezan la definición del «magisterio» de la Iglesia recogidas en el Diccionario de Teología Moral: «...El primer magisterio lo ejercen los santos...».

2.8. Recuperar y repensar la Tradición

Otra cuestión que podemos relacionar con el tema de la autoridad es que nuestro mundo se ha «destradicionalizado», es decir, las tradiciones han perdido peso. No es que hayan desaparecido, sino que han dejado de ser permanentes y se han adaptado constantemente, hecho que las ha puesto en crisis, ya que por definición lo que caracteriza a una tradición es su permanencia en el tiempo en forma de repetición. Estas tradiciones ayudaban a las personas a la hora de tomar sus opciones de vida ya que daban seguridad y al mismo tiempo frenaban los cambios sociales. La sociedad industrial y tecnológica ha provocado esta destradicionalización, y esto ha afectado de lleno a las instituciones religiosas que vivían en parte de las tradiciones. Hoy en día tenemos que aprender a vivir en una sociedad en constante cambio, en la que hay que aprender a

discernir aquello perenne (la Tradición en mayúscula) de aquello que se puede o se tiene que adaptar o cambiar (las tradiciones en minúscula). Las resistencias han sido enormes en una institución en la que las tradiciones tenían mucha fuerza y en la que se confundía, con cierta facilidad, la fidelidad a Jesús con la fidelidad a las tradiciones que, al fin y al cabo, no son otra cosa que realidades históricas (necesarias y buenas), pero que en un determinado momento se pueden haber convertido en rémoras para la propia institución. Si se hace una lectura histórica sorprende la gran capacidad de adaptación que la institución eclesial ha tenido, ya que en sus inicios sufrió inculturaciones muy profundas, la principal de ellas la incorporación de las filosofías helénicas a la hora de reelaborar la reflexión teológica del mensaje de Jesús...

Por esto la comunidad cristiana no debería tener miedo de repensar las tradiciones actuales para dar respuesta a

los cambios sociales y a la emergencia de otras formas culturales que no son las occidentales. No ha de tener miedo de despojarse de las cosas añadidas, que han sido buenas pero que ya no son más que formas occidentales. La Iglesia quizás fue de las primeras instituciones que se globalizó y que se inculturizó en muchos países, convirtiéndose en un modelo de cómo hacer compatible la universalidad con la particularidad. En el ámbito ético el cristianismo contiene unos grandes principios de cómo tiene que ser el hombre y la mujer plenificados, pero a lo largo de las situaciones cambiantes de la historia esta vida en plenitud o con sentido ha ido cogiendo formas diferentes. Porque los grandes principios orientan, pero han de adaptarse también a los tiempos y a las situaciones concretas. Un ejemplo paradigmático es la manera cómo se ha entendido el mandamiento de «no matar» a lo largo de la tradición moral católica.

3. SIGNOS DE LOS TIEMPOS QUE NOS AYUDAN A VIVIR CRISTIANAMENTE

A lo largo de la historia y desde los inicios del cristianismo, la comunidad fue permeable a las éticas de su entorno haciendo suyas las intuiciones del estoicismo, el platonismo, el aristotelismo... En la edad moderna, también algunos de los valores que formaban parte del núcleo del cristianismo (y que con el tiempo se habían debilitado) fueron recuperados paradójicamente por sus oponentes seculares y entraron a formar parte de la cultura y la ética modernas. La comunidad cristiana tendría que discernir estos signos de los tiempos, ver qué puede aprender de ellos e incorporar o reincorporar a la práctica cristiana.

3.1. Afinar el discernimiento

El discernimiento comporta saber elegir o distinguir qué valores son buenos, en el sentido de humanizantes, es decir, valores que serían expresión de la moral evangélica aplicada y referida a las nuevas situaciones que aparecen en nuestro mundo, y qué valores son contrarios a la humanización de la persona. La tarea no resulta fácil, y se requiere una prudencia extrema para no condenar fácilmente valores envueltos de elementos

que nos pueden parecer extraños al lenguaje y la manera de hacer cristiana pero que la interpretan y actualizan en aquello esencial. Y tampoco asumir naturalmente otros que gozan de gran reconocimiento y aceptación social, pero que no son compatibles con la ética cristiana. Ésta siempre ha sido una tarea difícil, que tiene que contar con la ayuda del Espíritu de Jesús, que ayuda a encontrar en situaciones determinadas, y a menudo nuevas, la concreción de los

grandes principios evangélicos. Ante esta ambigüedad, podemos recordar las palabras de Benedicto XVI en el Bundestag haciendo referencia al partido político de los Verdes alemanes:

Diría que la aparición del movimiento ecologista en la política alemana a partir de los años setenta, aunque quizás no haya abierto las ventanas, ha sido y es sin embargo un grito que anhela aire fresco, un grito que no se puede ignorar ni relegar, porque se perciba en él demasiada irracionalidad. Gente joven se dio cuenta de que en nuestras relaciones con la naturaleza existía algo que no funcionaba; que la materia no es solamente un material para nuestro uso, sino que la tierra tiene en sí misma su dignidad y nosotros debemos seguir sus indicaciones. (Berlín, 22 de septiembre de 2011).

3.2. Entre el sectarismo, el diálogo y la disolución

A menudo dentro de la Iglesia Occidental actual se dan dos posturas, quizás no se dan en sus extremos pero sí en forma de tendencias ancladas en el pasado y que se cierran a los signos de los tiempos, a pesar de que ambas aportan valores positivos dentro de la Iglesia. No se trata de juzgarlas sino de ver la poca atención que dan a estos signos, cerrándose al esfuerzo de intuir las nuevas llamadas del Espíritu.

3.2.1. Añoranza y restauracionismo

Una primera tendencia añora el pasado cuando la Iglesia era escuchada, gozaba de más influencia social. Una tendencia

que ya le costó asumir la modernidad y que ahora se ha visto descolocada con la irrupción de la posmodernidad. Su reacción ha sido la de un cierto retorno a formas premodernas, algunas acertadas⁵ pero otras anacrónicas que no pueden dar respuesta a los nuevos retos de la sociedad actual. El peligro de esta tendencia es la progresiva sectarización, en el sentido de minorización a la defensiva con rasgos casi fundamentalistas, al sentirse perseguida o menospreciada por la sociedad.

Esta tendencia resulta atractiva sobre todo para personas desorientadas o inseguras, ya que ofrece consignas claras y diferentes, pero el problema es que no entra a considerar la complejidad de las situaciones y se decanta fácilmente por los blancos y los negros a la hora de percibir la realidad. Esta tendencia tiene el peligro de caer en un cierto espiritualismo descarnado, que se centra en una espiritualidad más intimista con poca repercusión en la moral social pero con un rigorismo moral acentuado en el ámbito de la moral personal (sexualidad y bioética). De hecho es este rigorismo el que sirve de excusa a muchas personas (también a muchos creyentes) para alejarse de la Iglesia, alimentando las filas de lo que algunos sociólogos han descrito como «creyentes sin Iglesia»⁶, un colectivo que en Europa no ha parado de crecer estos últimos años. También puede tener el peligro de dejarse manipular por un poder político de carácter conservador que ve en la religión un buen cohesionador social, permitiéndole por esta razón una mayor visibilidad en el espacio público. Es lo que pasa con los movimientos conservadores. Sería

injusto no apreciar los valores de esta tendencia, que representa una crítica a una Iglesia que a menudo se ha diluido y ha perdido identidad dentro de la sociedad actual. Hay en definitiva una aspiración, actual por otro lado, de una Iglesia desacomplejada ante la sociedad en la que todo el mundo tiene voz.

3.2.2. El cristianismo «progresista»

Otra tendencia agrupa a los movimientos eclesiales más sensibles a la cuestión social, que tuvieron una fuerza considerable en la denuncia de la injusticia y en la defensa del pobre ante las estructuras que violaban sus derechos. El momento actual sigue necesitando su voz, ya que el mundo, a pesar de que la globalización ha generado riqueza también ha hecho aumentar considerablemente las desigualdades, tanto a nivel planetario como en el interior de los países más ricos. Pero hace falta que estos movimientos estén atentos a los nuevos signos de los tiempos, a las nuevas formas de desigualdad y de injusticia (las injusticias medioambientales, las injusticias de las minorías culturales y las nuevas formas de exclusión y de marginación social). No se puede pretender continuar dando respuesta desde modelos que fueron válidos en la década de 1970 pero que ahora resultan o bien insuficientes o bien inadecuados. Creemos que es necesario que se pongan a la escucha de los nuevos movimientos sociales y de los jóvenes cristianos, en otras palabras, que salgan de los viejos esquemas de las izquierdas clásicas para captar la complejidad del problema de la justicia en un mundo globalizado. Es necesario, también, que no tengan miedo en mostrar

más la identidad cristiana en una sociedad que ya no la ve tan atada al poder político, y que está recuperando el valor y la importancia de la espiritualidad, de nuevas formas de religiosidad y también del discernimiento que lleva a descubrir cuáles son las nuevas fronteras de la marginación.

Sin pretender ser exhaustivo, sí que intentaré enumerar algunos ejemplos del mundo actual (pequeñas acciones, palabras o ideas...) que valdría la pena tener en consideración.

3.3. Signos de los tiempos, signos evangélicos

3.3.1. Contra la idolatría del mercado: el concepto de interdependencia

En nuestro mundo, como ha denunciado a menudo el magisterio eclesial, se da una idolatría del «dios mercado», con todo lo que esto comporta. Pero se vislumbran alternativas. Se han ido creando espacios de solidaridad alternativos, como por ejemplo cooperativas de consumo responsable, de comercio justo, de banca ética, de inversiones socialmente responsables, propuestas de intercambios de servicios entre grupos específicos... Curiosamente, muchos de estos movimientos han sido promovidos en el ámbito eclesial. ¡Nunca se habían dado tantas respuestas desde espacios económicos alternativos! En algunos países, estas formas económicas alternativas empiezan a tener un cierto peso dentro del propio mercado, como es el caso del comercio justo o de los productos con garantía ecológica. Prueba de ello es que muchos de estos productos empiezan a asomar la cabeza y se pueden en-

contrar incluso en las superficies comerciales convencionales.

Toda la problemática ecológica causada por las pautas de consumo insostenible y los datos alarmantes que nos vienen en relación con el cambio climático están favoreciendo la concienciación de que así no podemos seguir. Cada vez es más evidente la necesidad de reconciliación con la creación a partir de una nueva lectura de la teología de la creación y de nuestra relación con ella. También se extiende la llamada a una solidaridad intergeneracional mayor, es decir, a concienciarnos de que nuestro prójimo también son las personas que nos seguirán, nuestros descendientes, ya que nuestras acciones presentes hipotecarán su vida o al menos su calidad de vida. Así la noción de *quién es nuestro prójimo* se amplía, no queda limitada a aquel que vemos yendo a Jericó, el rostro sufriente del cual nos interpela y pide una respuesta compasiva, sino que se trata de aquel que no vemos porque o bien se encuentra en el otro lado del mundo o bien nacerá de aquí a dos o tres generaciones.

Por esto resulta vital cuidar la diversidad animal y vegetal, no sólo por el indiscutible valor de la diversidad en sí misma, sino por la intrínseca conexión entre todos los seres vivos del planeta. Así, favoreciendo la vida animal y vegetal aseguramos la vida humana actual y futura (de nuestros descendientes). Recordemos que la diversidad permite una mayor adaptación a los nuevos hábitats que aparecen como efecto del cambio climático. El valor de la interdependencia, de la comunión entre los seres vivos es fundamental, y así lo re-

coge la misma *Gaudium et Spes* en su núm. 26. Sin embargo, por desgracia, nuestro ambiente cultural potencia el pensar primero en nosotros mismos y no facilita el ser conscientes de la realidad de interdependencia entre todos los seres, es decir, que todos nos relacionamos y que nuestra vida depende en gran medida de los demás. No vivimos lo que somos como un don para los demás y cuando nos relacionamos con ellos los tratamos a menudo como un mero objeto: no llegamos a asumir lo que piensan, lo que sienten o su sufrimiento como propio, sino que nos relacionamos como si fuesen objetos que observamos, manipulamos pero que no nos obligan a nada (ob-ligar). Tenemos interiorizado que el yo no tiene necesidad de nada más que de uno mismo para vivir, y si necesita de los demás los tiende a objetualizar en función de uno mismo. Quizás habría que empezar a relacionarnos desde la interdependencia, y así captar que el bien individual y el bien colectivo son inseparables y darnos cuenta de que este error ya ha provocado que tres cuartas partes de la humanidad sufra y que lo sufra también una naturaleza sometida a gran presión. Esta conciencia de la interdependencia tendría que desembocar en una ética de la compasión universal que promueva que todos los seres vivos puedan vivir, y especialmente los más débiles y los más amenazados. Sólo la especie humana puede hacerse cargo de esta gran responsabilidad, y debe comportarse como si fuera la conciencia del planeta. Tenemos que ser capaces de dar una respuesta compasiva hacia los miembros de nuestra propia especie pero también

hacia los de las otras, apreciando el destino común de toda la biosfera.

3.3.2. *La austeridad*

Lo que hemos comentado en el punto anterior también supone la promoción del valor de una mayor austeridad. Hay movimientos que fomentan esta forma de vida más austera. El movimiento en torno al decrecimiento⁷ ha originado un debate interesante sobre esta cuestión. Poder vivir con menos para que las personas que vienen detrás de nosotros encuentren un planeta más habitable. La austeridad pasa por desarrollar una serie de comportamientos y actitudes que se concretan en una vida diaria diferente:

a) Un consumo responsable y sostenible, que no deje en manos del mercado y de sus estrategias publicitarias nuestras pautas de consumo.

b) Una especial atención a las trampas del mercado como por ejemplo la obsolescencia programada de muchos de sus productos que favorece un consumo continuado.

c) Una educación de nuestros deseos de tener más y más, con el único objetivo de disponer de un determinado estatus o identidad social.

En referencia a esta última idea, podemos afirmar que el mercado ofrece no sólo productos para satisfacer las necesidades materiales, sino que a través de los logos y marcas de estos productos ofrece imaginarios, mundos ideales que nos proporcionan identidad y una especie de sentido. Identidad y sentido que adquirimos a través de la compra y el consumo. Nuestra identidad parece que

ya no venga dada por la familia o la clase social, sino por aquello que consumimos, por cómo vestimos... De esta forma se van creando identidades colectivas que dan estatus que nos identifican como deportistas, como contestatarios, como jóvenes... Nuestra capacidad de consumir y los tipos de marcas que compramos nos hacen entrar en una determinada subcultura, que nos da identidad y, por tanto, una cierta seguridad. Son identidades que pueden ser elegidas y que no nos vienen dadas, de ahí que sean bien acogidas, ya que ponen en juego nuestra libertad de elección aunque sea a un nivel superficial.

Podríamos matizar aún más la afirmación en el caso de los adolescentes, ya que el grupo o la pandilla más próxima es la que acostumbra a proporcionar la identidad, sea por adhesión o rechazo. Esta identidad nos permite escapar de la inseguridad, del miedo al fracaso, y satisfacer así el deseo de reconocimiento, de llenar nuestras carencias afectivas. Los grupos más susceptibles a la atracción de las marcas son precisamente los que más sufren estas carencias, y entre ellos los adolescentes son uno de estos colectivos. Su búsqueda de identidad personal y además el consumo energético para ir aceptando los cambios fisiológicos y psicológicos, resultan especialmente maleables, y demandan continuamente la aceptación y el contraste de un grupo de pertenencia. Esto se consigue sobre todo controlando las formas externas, hábitos, formas de vestir, música pero también a través de otras que afectan al propio cuerpo, como la forma física (a través de dietas, ejercicios y deporte). La importancia de

este sector de población ha hecho que algunos hablen del mercado del «adolescente global» que en todas partes, independientemente de la cultura, desea más la Coca-Cola que los productos locales, las Nike que unas sandalias... Se puede afirmar, sin miedo a equivocarse, que desde hace unas décadas las empresas han dejado de producir cosas y ahora se dedican fundamentalmente a producir «marcas».

Volviendo a los signos de los tiempos, la problemática ecológica ha provocado el nacimiento de todo un movimiento que habla en términos de «justicia medioambiental», ya que los países más pobres son los que más sufren las consecuencias del cambio climático⁸: sequías, migraciones climáticas, inundaciones, agotamientos de los recursos alimentarios como por ejemplo la pesca... Este movimiento muestra una relación entre la pobreza y la problemática ecológica que conduce a no separar la justicia distributiva de la ecología. En Occidente a menudo no somos conscientes que es precisamente en los países pobres y también en los llamados países emergentes donde tienen más fuerza los grupos ecologistas. Y muchos cristianos y muchas comunidades cristianas de estos países se han implicado en la defensa del medio ambiente y de la justicia medioambiental.

3.3.3. Nuevas espiritualidades

En medio de la cultura occidental, predominantemente hedonista y materialista, está resurgiendo el interés por nuevas formas de espiritualidad que indican, a pesar de la ambigüedad que contienen, una profunda búsqueda e insatisfacción

de las personas. Aunque muchas de estas nuevas espiritualidades están demasiado centradas en uno mismo, su emergencia es un síntoma que no deberíamos despreciar. Algunos autores hablan del inicio de una era posmaterialista que se contrapone a la cultura materialista en la que se instaló Occidente nada más acabar la Segunda Guerra Mundial.

Es interesante preguntarse por qué la espiritualidad que ofrece la Iglesia y en general las iglesias cristianas tiene tan poca aceptación en Occidente, y de una manera especial en Europa. Aunque se haya frenado estos últimos años,⁹ los datos sociológicos reflejan un fortísimo descenso de la presencia religiosa en Europa. También convendría aquí hacer un análisis de las formas posmodernas de religiosidad (con toda su ambigüedad) que a menudo han llevado a algunos autores a afirmar «el retorno de los brujos»¹⁰. Este análisis debería huir de considerarlas como formas antirreligiosas o puramente negativas (manipulatorias, autocentradas, sin alteridad, emotivistas...) e intentar centrarse en el síntoma (insatisfacción) que las origina y en las características que tienen y que las hacen atractivas para muchas personas. Sin pretender entrar aquí en hacer un análisis a fondo, creemos que expresan a menudo una crítica necesaria a determinadas formas religiosas a las que la Iglesia ha tendido desde hace tiempo. Una religiosidad eclesial muy racionalista, muy centrada en el discurso, excesivamente ética, poco celebrativa, poco estética, individualista (o al menos con poco sentido comunitario), en la que cualquier expresión de sentimiento siempre se ha visto como sospechosa de

subjetivismo... Esta crítica implícita debe ser tomada seriamente por parte de la Iglesia, y ver qué hay en ella de verdad. La Iglesia podría tomar ahora la misma actitud que pedía durante el Concilio hablando del ateísmo [GS 19-21]. El contexto del Concilio en Occidente era muy diferente del actual, estaba centrado en el auge del ateísmo práctico y los sistemas políticos ateos que eran materialistas, y ponían a Dios como impedimento al progreso de la humanidad. La *Gaudium et Spes* hizo en aquel momento un cierto examen de conciencia de la propia Iglesia: «...Sin embargo, también los creyentes tienen en esto su parte de responsabilidad [...] en esta génesis del ateísmo pueden tener parte no pequeña los propios creyentes» [GS 19]. Y pide una actitud que se esfuerce en «conocer las causas de la negación de Dios que se esconden en la mente del hombre ateo» y, «consciente de la gravedad de los problemas planteados por el ateísmo y movida por el amor que siente a todos los hombres», considera que «los motivos del ateísmo deben ser objeto de serio y más profundo examen» [GS 21].

Algo parecido deberían hacer la Iglesia y los cristianos ante las nuevas espiritualidades o formas religiosas.

3.3.4. *La recuperación de la cultura local*

La tendencia homogeneizadora de la globalización está provocando reacciones en la línea de recuperar y revalorizar la diversidad cultural local. Este hecho le plantea un reto a la Iglesia, sobre todo en África y en Asia, las zonas, por cierto, en las que la Iglesia crece más, y

en las que hay más conversiones y vocaciones a la vida religiosa. El reto es cómo inculturar la fe en estos pueblos que no tienen la tradición filosófica y cultural occidental, cuando al mismo tiempo, la Iglesia no deja de perder día a día peso significativo en este mundo occidental. En otras palabras, cómo moverse entre la universalidad (católica) y el respeto por lo local. Un reto nada nuevo pero que con la globalización y con las facilidades para la comunicación y los viajes ha resurgido con fuerza. Quizás hoy día, por suerte, somos más conscientes de los condicionantes culturales y de la necesidad de inculturar la fe allá donde ésta crece y se extiende.

3.3.5. *La recuperación de los valores en ámbitos clave*

Hay signos que indican una cierta preocupación para que las nuevas tecnologías y el mercado no sea guiado por el puro beneficio económico. Nunca se había hablado tanto de valores en los ámbitos políticos, empresariales, financieros y médicos, ya que las prácticas carentes de cualquier consideración de valores nos han llevado hasta el extremo de pisar la dignidad de muchas personas, y especialmente de las más vulnerables. Esta preocupación apenas está dando sus primeros pasos, pero es real. Por ejemplo, en el campo de la bioética se han dado pasos para que se introduzca esta materia en el currículum de la formación médica y de la enfermería, aunque esta reflexión en Cataluña y en España aún es muy escasa. Más difícil es la introducción de la reflexión en valores en los currículos de las llamadas escuelas de negocios, quizás porque la im-

plementación de esta reflexión conduce de manera inevitable a cuestionar los valores del sistema actual. A raíz de la crisis económica actual, la más importante desde la crisis del 29, algunas grandes facultades de económicas empiezan a plantearse qué enseñan en sus aulas. Empiezan a ser conscientes de que esta formación ha dado lugar a una cultura empresarial que ha fomentado la especulación financiera sin escrúpulos y que ha hecho posible una crisis como la actual. Este repensar el modelo económico actual por insostenible es, sin embargo, muy lento, y al final serán los países emergentes los que marcarán la pauta de esta reflexión ética en los años venideros.

3.3.6. El horizonte de una ética mundial

Ante los problemas de nuestro mundo, las grandes tradiciones religiosas han hecho el esfuerzo de mostrar que son fuente de humanización y de paz entre los pueblos y no motivo de conflicto. Han sido facilitadoras de acuerdos éticos que muestran que están a favor de la paz mundial, del respeto por el medio ambiente y contra el orden económico mundial injusto. Algunos de estos valores compartidos se muestran, por ejemplo, en la Declaración de Ética Mundial elaborada por el Parlamento Mundial de las Religiones en Chicago (1993)¹¹. Para este Parlamento no es posible un nuevo orden mundial sin una Ética Mundial, entendida como «un consenso básico sobre una serie de valores vinculantes, criterios inamovibles y actitudes básicas personales. Sin semejante consenso ético de principio, toda comunidad se ve,

tarde o temprano, amenazada por el caos o la dictadura y los individuos por la angustia». Recordemos qué nos dice en su introducción (punto 2):

Todos los humanos sin excepción somos seres falibles, imperfectos, con límites y deficiencias. Además tenemos experiencia de la realidad del mal. Por eso mismo, y a pesar de estas limitaciones, nos sentimos obligados a señalar, por el bien de la Humanidad, lo que juzgamos deben ser elementos básicos de una ética común para toda la Humanidad, tanto para los individuos como para las comunidades y organizaciones, para los Estados e inclusive para las religiones. Estamos convencidos de que nuestras tradiciones éticas y religiosas, seculares ya en su mayor parte, contienen suficientes elementos éticos que muy bien pueden ser entendidos y vividos por todos los humanos de buena voluntad, sean o no religiosos. A este respecto somos conscientes de que nuestras diferentes tradiciones éticas y religiosas fundamentan el criterio, a menudo de forma muy diversa, sobre lo que es para el hombre útil o dañino, justo o injusto, bueno o malo. No queremos ignorar, no pretendemos difuminar las hondas diferencias entre las distintas religiones. Pero estas desemejanzas no deben impedirnos proclamar públicamente lo que ahora ya nos es común y con lo cual nos sentimos todos igualmente obligados en correspondencia con nuestro propio compromiso ético o religioso.

También el Magisterio de la Iglesia ha reflexionado sobre la necesidad de una ética universal en un documento

de la Comisión Teológica Internacional: *A la búsqueda de una ética universal*. La Iglesia, consciente de la necesidad de la búsqueda de las normas para vivir juntos la justicia y la paz, quiere compartir con el resto de tradiciones religiosas y filosofías de nuestro tiempo el concepto de Ley Natural, un concepto que a pesar de algunas interpretaciones interesadas no es nada estático ni consiste en una lista de preceptos definitivos e inmutables. Al contrario, la ley natural es una fuente de inspiración que surge precisamente de la búsqueda de un fundamento objetivo para una ética universal (núm. 113). Lo hace apelando a aquello que hay de universal en cada ser humano e invitando, también, a las otras tradiciones a hacer lo mismo a partir de sus propias fuentes. Un intento, pues, de salir victorioso en un reconocimiento común de normas morales de carácter universal fundamentadas en una aproximación racional a la realidad. Se trata de un trabajo urgente que va más allá de las propias convicciones religiosas y de la diversidad de nuestros presupuestos culturales para buscar un reconocimiento recíproco y una cooperación pacífica de todos los miembros de la familia humana (núm. 116). Recordando, sin embargo, que:

El cristianismo no tiene el monopolio de la ley natural. En efecto, basada en la razón común a todos los hombres, la ley natural es el fundamento de la colaboración entre todos los hombres de buena voluntad, sean cuales fueran sus convicciones religiosas. (Núm. 9).

La forma y extensión de estas tradiciones pueden variar considerable-

mente. Atestiguan nada menos que la existencia de un patrimonio de valores morales comunes a todos los hombres, sea cual sea el modo en que estos valores son justificados dentro de una particular visión del mundo. Por ejemplo, la ‘regla de oro’ se encuentra, bajo una forma u otra, en la mayoría de las tradiciones sapienciales.¹² Por otra parte, coinciden de manera general en reconocer que las grandes normas éticas no se imponen solamente a un grupo humano determinado, sino que tienen valor de manera universal para cada individuo y para todos los pueblos. Finalmente, muchas tradiciones reconocen que estos comportamientos morales universales son requeridos por la naturaleza misma del hombre. (Núm. 12).

En el caso concreto de la Iglesia, ésta ha actuado de mediadora y reconciliadora de muchos conflictos, y ha ayudado a las partes enfrentadas a encontrar reconciliación y perdón...

3.3.7. «Redes de indignación y esperanza»

Finalmente, en Europa, y desde ya hace tiempo, comienza a haber movimientos sociales que algunos han llamado «Redes de indignación y esperanza».¹³ Este título resume muy bien el movimiento, que, como toda movilización social, primero aparece como un grito de indignación pero que poco a poco ha ido presentando propuestas alternativas a las políticas actuales, y sobre todo ha sido capaz de movilizar a las personas ante un mundo en crisis y desesperanzado... Como explica Manuel Castells,

algunas personas empezaron a conectarse mediante las redes sociales, y después pasaron a ocupar las calles y a proponer medidas concretas que se oponían a los intereses económicos y financieros. Fue un movimiento que ignoraba la estructura política actual y desconfiaba de los medios de comunicación de masas dominados por intereses económicos. Fue una eclosión variada, no organizada, pero tenían algunas cosas en común: una determinada manera de hacer más próxima a formas de democracia participativa, una desconfianza clara hacia la política y el juego democrático tal y como está planteado actualmente el uso de las redes sociales... En un lapso de tiempo relativamente breve se dio en todo el mundo: desde Túnez hasta Egipto (la llamada «Primavera árabe», en la que se reclamaba democracia ante gobiernos no democráticos y oligarcas), pasando por el movimiento «*Occupy Wall Street*» (17 septiembre de 2011) de Estados Unidos¹⁴, y «Los indignados» del 15-M en España. Las propuestas alternativas ya han sido analizadas dentro de esta misma colección de cuadernos¹⁵. Quisiera recalcar aquí, sin embargo, dos hechos que considero importantes: la capacidad de movilizar tanto a gente joven como mayor, y la capacidad de dar esperanza. También ayudaron manifiestos como el de S. Hessel, *¡Indignaos!*,¹⁶

que dio nombre al movimiento en España y los manifiestos de «Democracia real, ya»¹⁷. Si se leen sus propuestas, como por ejemplo, las de la «Asamblea del Sol»¹⁸ (20 de mayo), piden medidas muy realistas que muchos politólogos y entidades sociales ya hace tiempo que proponían para profundizar la democracia, conseguir más igualdad económica y hacer una economía menos financiera y más sostenible.

Entre las personas jóvenes que acamparon y se manifestaron había muchos cristianos y cristianas, porque, ciertamente, muchas de las propuestas que se pedían coinciden con los postulados defendidos por la moral social de la Iglesia. Por ejemplo, en la encíclica *Caritas in Veritate* de Benedicto XVI (2009) se tocan puntos clave sobre el carácter injusto de la actual globalización, puntos que coinciden con algunas de las propuestas de este movimiento. Es cierto que, como cualquier movimiento social, tiene elementos de todo tipo y que hay que discernir con sumo cuidado. Pero hay que ser muy conscientes de que también ha habido intereses para desacreditarlo por parte de las minorías que controlan la actual economía financiera y de los gobiernos y partidos que temen perder sus posiciones de privilegio.

4. A MODO DE RESUMEN

El cuaderno que hemos presentado ha intentado ser, en primer lugar, una invitación a la reflexión sobre los valores que encontramos en nuestro entorno, para poder tomar conciencia de ellos. Todos vivimos y nos movemos en una doble matriz axiológica, la de nuestra sociedad (*ethos* social)¹⁹ y la de nuestra fe religiosa (la ética cristiana, islámica, budista...) o de otras formas éticas de carácter no confesional (como por ejemplo los derechos humanos...). Cuando alguien actúa y ha de decidir sobre alguna cuestión, se ve influido por esta doble matriz y por la elaboración personal histórica (experiencia) de esta intersección. Nos hemos centrado en la sociedad occidental con un *ethos* social producto del sistema económico capitalista y con una tradición política y social de carácter democrático-liberal, todo ello vivido en el contexto de la posmodernidad. Simplemente hemos querido apuntar algunos de los valores de estos *ethos*.

En segundo lugar, como demanda el Concilio Vaticano II, hemos pasado a reflexionar sobre qué valores puede aportar la ética cristiana y así hemos entrado en un diálogo ético con el horizonte de la humanización de la sociedad que todos vivimos y compartimos. Seguramente es cosa del lector poder añadir muchos otros puntos a este diálogo, porque es un diálogo no cerrado.

Y por último, desde una visión más centrada en el interior de la comunidad cristiana (y pensando que todos los creyentes trabajan e interaccionan con los miembros de la sociedad, ya sean creyentes o no), describir cuáles son los signos de los tiempos, cuáles son las llamadas del Espíritu que se dan en nuestras sociedades occidentales. Signos y llamadas que tendrían que ser acogidos por la comunidad cristiana, ya que responden a problemas de nuestro mundo, y ofrecen soluciones y propuestas que no son ajenas a los valores evangélicos a pesar de su carácter laico. Este último apartado también es una invitación a ver «nuevos signos de los tiempos» y a discernirlos de manera comunitaria para ver si responden al Evangelio de Jesús de Nazaret.

1. Francis FUKUYAMA, *The End of History and the Last Man*, 1989.
2. La cultura se puede definir de muchas maneras... Una definición (inspirada en el famoso tratado clásico de sociología de G. Rocher y modificada por J. Miralles, profesor de sociología de ESADE) podría ser: «la cultura como el conjunto de formas de sentir, actuar, pensar, que son compartidas por una sociedad y que permiten la supervivencia, proporcionan identidad y pertenencia y dotan de sentido a los miembros del grupo».
3. La definición clásica de Guy ROCHER, en su *Introducción a la sociología*, Barcelona, Herder, 1982: «Sistema de ideas y de juicios, explícitos y generalmente estructurados, que sirven para describir, interpretar o justificar la situación de un grupo o de una colectividad, y que, inspirándose ampliamente en unos valores, propone una orientación precisa a la acción histórica de este grupo o colectividad».
4. La expresión es de J. M. MARDONES, *Neoconservadurismo, la religión del sistema*, Cuaderno Fe y Secularidad, Santander, Sal Terrae, 1991, p. 10.
5. Ver la importancia de la familia como un factor muy positivo por el proceso de socialización y por ser la matriz de la comunidad cristiana, pero ser consciente de no idealizar la familia de los siglos anteriores, ya que era una familia patriarcal en la que el hombre tenía un poder excesivo y la mujer era menospreciada (era un modelo poco evangélico de familia). Ni tampoco idealizar como sociedad con alto sentido de la moral, ya que es olvidar la doble moral que profesaba la clase noble y de la burguesía y en la que la obediencia podía provenir más de los mecanismos de control social que de una convicción evangélica, y por tanto autónoma.
6. Véase para profundizar en el tema M. ARROYO MENÉNDEZ en *Tendencias en identidades, valores y creencias*, Madrid, Sistema, 2004.
7. Uno que dio fuerza a este movimiento en la década de 1990 fue Serge Latouche. Sus orígenes se pueden remontar o a la teoría enunciada por Nicholas Georgescu-Roegen sobre la bioeconomía en su obra *The Entropy law and the Economic Process* (1971), así como las críticas a la industrialización en las décadas 1950, 1960 y 1970 (Günther Anders, *La obsolescencia del hombre*, 1956; Hannah Arendt, *La condición humana*, 1958; o Club de Roma, Informe Meadows, 1972).
8. Así lo denuncia el Informe del PNUD del año 2007-8.
9. Es interesante ver, por ejemplo, en nuestro contexto catalán los datos que ofrece T. MELLÉN, «Religió i valors» en Javier ELZO i Àngel CASTIÑEIRA (dir.), *Valors tous en temps durs. La societat catalana l'enquesta europea de valors de 2009*, Barcelona, Barcino, 2011, ps. 279-298).
10. La expresión es de un libro titulado así de PAUWELS i J. BERGIER, *El retorno de los brujos*, Barcelona, Plaza&Janés, 1981. Citado en GONZÁLEZ-CARVAJAL, *Ideas y creencias del hombre actual*, Santander, Sal Terrae, 1991, p. 173.
11. La podemos encontrar en http://classic.weltethos.org/pdf_decl/Decl_spanish.pdf
12. La Declaración de una Ética Mundial del Parlamento Mundial de las Religiones (Chicago, 1993) se fundamenta en la regla de Oro formulada en las grandes tradiciones religiosas. La regla de Oro en su formulación en el Evangelio de Mateo nos dice: «haced con los demás lo mismo que queréis que los demás hagan con vosotros» (7,12).
13. Título de un nuevo libro del sociólogo Manuel CASTELLS, *Redes de indignación y esperanza: los movimientos sociales en la era internet*, Madrid, Alianza editorial, 2012.
14. <http://occupywallst.org/>
15. Ver cuaderno O. MATEOS y J. SANZ, *Cambio de época. ¿Cambio de rumbo?*, Barcelona, Cristianisme i Justícia, Cuadernos 186, 2013.

16. Stéphane Frédéric Hessel, *Indignez-vous!*, 2010. Publicado en el 2011 en castellano y catalán.
17. www.democraciarealya.es
18. Para ver las propuestas, <http://madrid.tomala-plaza.net/2011/05/20/propuestas-20-mayo/>
19. Dentro del llamado *ethos* social (que serían los valores que flotan en el ambiente y que buena parte de la sociedad los acepta *de facto* como

orientación de su conducta), también se pueden colocar dos fuentes más de normativa u orientación moral, las leyes de un país y si alguien trabaja en determinada profesión, un código deontológico o profesional o en un determinada empresa, un código de conducta interno. Como es lógico este *ethos* social y la moral personal pueden entrar en conflicto.

CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN

1. El mundo en el que vivimos

El autor del Cuaderno afirma que todo sistema económico crea una cultura, y uno de los elementos importantes de toda cultura es el sistema ético, que se pone en juego sobre todo a la hora de tomar decisiones, y que acaba por impregnar toda nuestra vida. ¿Qué valores prioriza nuestro sistema económico? ¿Cómo han impregnado la vida personal, familiar, escolar, el trabajo, las relaciones en general?

2. Pistas para humanizar el mundo actual

El autor señala algunas pistas. ¿Estás de acuerdo con ellas?

Cuáles te parecen más urgentes:

- Cómo pasar del individualismo a la comunidad.
- De la vida como relación basada en el interés a la vida como don, como regalo.
- De la mercantilización del trabajo y el ocio a la relaciones gratuitas con los demás.
- De la democracia nominal a la participación de todos a la hora de tomar las decisiones de nuestra sociedad.
- Del poder de las fuerzas del mercado que marcan nuestra vida más de lo que creemos, y que incorporamos a veces sin darnos cuenta, a una cultura de la sobriedad.

3. ¿Qué puede aportar la reflexión cristiana?

Hay actitudes y conductas que pueden resultar obsoletas, en des-uso: discernimiento, austeridad, decrecimiento, sostenibilidad, compasión, solidaridad y otras muchas, y que al leer el Cuaderno señalan un camino no fácil, porque vivir en cristiano no lo es. ¿Cómo sacarlas a la luz?

4. ¿No hay nada que hacer?

Ante los problemas urgentes hay voces proféticas que nos impulsan, nos invitan a abrir los ojos para ver y nuestros oídos para escuchar... Todas ellas tienen la capacidad de movilizarlos. Señalamos algunas:

- Manifiestos como el de S. Hessel, *Indignaos*, que dio nombre al movimiento en España y los manifiestos de «Democracia real, ya».
- Los movimientos sociales que algunos han llamado «Redes de indignación y esperanza».
- Movimientos ecologistas, gente joven que se ha dado cuenta que en las relaciones con la naturaleza hay algo que no funciona.
- La Declaración de Ética Mundial elaborada por el Parlamento Mundial de las Religiones en Chicago (1993). Esta Declaración ha contribuido a la creación de una Ética Mundial, entendida como un consenso básico sobre una serie de valores vinculantes, criterios inamovibles y actitudes básicas personales.
- ... (Seguro que conoces otras voces que podrías añadir.)

Quizás al terminar el Cuaderno podemos decir que **«hay mucho por hacer...»**.

Cristianisme i Justícia (Fundación Lluís Espinal) es un Centro de Estudios promovido por la Compañía de Jesús de Cataluña. Agrupa un equipo de profesores universitarios y especialistas en teología y en diversas ciencias sociales y humanas interesados por el cada vez más indispensable diálogo fe-cultura-justicia.

La colección *Cristianisme i Justícia* presenta algunas de las reflexiones de los seminarios del equipo del Centro o algunos de los trabajos de sus miembros y colaboradores.

159. CUATRO TESTIMONIOS, Por qué volví a la fe - 160. J. GIMÉNEZ, Las preguntas que llevamos dentro - 161. J. CARRERA, El problema ecológico: una cuestión de justicia - 162. J. F. MÀRIA, El joven, el gurú y el pájaro - 163. J. I. GONZÁLEZ FAUS, Miedo a Jesús - 164. S. THIÓ - M. LL. GERONÉS, ASSOCIACIÓ ÀKAN, ¿Y quién dices que soy yo? - 165. X. ALEGRE, Resistencia y esperanza cristianas en un mundo injusto - 166. J. I. GONZÁLEZ FAUS, Nada con puntillas: fraternidad en cueros - 167. CÀRITAS DIOCESANA DE BARCELONA I CRISTIANISME I JUSTÍCIA, Una mirada a la pobreza - 168. P. ARROJO, Crisis global del agua - 169. D. IZUZQUIZA, Al partir el pan - 170. J. CARRERA, Cristianismo y sociedad desde la perspectiva ética - 171. G. DUCH, F. FERNÁNDEZ SUCH, La agroindustria bajo sospecha - 172. J. LAGUNA, Hacerse cargo, cargar y encargarse de la realidad - 173. B. BASTIDA, Crisis, ¿un final por escribir? - 174. J. I. GONZÁLEZ FAUS, "Ya voy, Señor". Contemplativos en la relación - 175. J. BOTEY, Curas obreros. Compromiso de la Iglesia con el mundo obrero - 176. L. RAMÓN, Mujeres de cuidado - 177. J. I. GONZÁLEZ FAUS, El naufragio de la izquierda - 178. F. J. VITORIA, Vientos de cambio - 179. J. ALONSO, El diálogo de la vida cotidiana - 180. J. I. GONZÁLEZ FAUS, Unicidad de Dios, pluralidad de místicas - 181. J. LAGUNA, ¡Ay devosotros...! Distopías evangélicas - 182. V. CODINA, Hace 50 años hubo un Concilio - 183. A. BLANCH, León Tolstoi, un profeta político y evangélico - 184. J. F. MÀRIA, E. DEVUYST, Las minas del rey Leopoldo - 185. J. I. GONZÁLEZ FAUS, Una Iglesia nueva para un mundo nuevo - 186. O. MATEOS, J. SANZ, ¿Cambio de época, cambio de rumbo? - 187. S. HERRERA, Atrapadas en el limbo: mujeres, migraciones y violencia sexual - 188. A. CALDERÓN, L. SOLS, Europa, en la encrucijada - 189. J. CARRERA, La revolución de cada día

Los títulos de esta colección se pueden descargar en internet:
www.cristianismeijusticia.net/es/quaderns

N. 189, junio 2014

La Fundación Lluís Espinal envía gratuitamente los cuadernos CJ a quien los solicita. Si usted desea recibirlos, pídales a:

Cristianisme i Justícia
 Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona
 93 317 23 38 - info@fespinal.com
www.cristianismeijusticia.net



cristianismeijusticia



cijusticia



fespinal89